

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

REDACTOR-SECRETARIO: ALEJANDRO PIZARROSO

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente moza*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.) El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase. 3

CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA. MADRID. BUZÓN CÉNTRICO, ALCALA, 23

REGALO DE 50.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 3.)



AMALIA BREZINA

LIVETTE FRANCESA DEL EDEN CONCERTS DE PARIS

(Fotografiado de Rocafull, impresión de Hijos de M. G. Hernández y papel de Menéndez y Cañedo.)
Ayuntamiento de Madrid

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

36

(Continuación.)

Un sollozo agitó el pecho de Marta.

—¡Silencio!—dijo Penhoel sin volver la cabeza.—Todas esas finas y generosas frases no han sido un obstáculo para que engañase á su hermano. Señora, en esta carta miente como ha mentido toda su vida.

—¡No ha mentido nunca!—murmuró Marta.

—¡Silencio!—repitió René.—Contentaos con saber que aún os ama. ¡Llorad si queréis, señora, pero llorad en silencio el recuerdo de esa alma generosa que ha hecho á su hermano el más miserable de todos los hombres!

«No volveré, seguía diciendo la carta, porque me temo á mí mismo y tal vez no tuviera bastante valor y fuerza para soportar la vida delante de su felicidad... pues supongo seréis muy dichosos, ¿no es así, René?»

«¡Oh, si algún día llegara á saber que mi sacrificio le había llegado á ser fatal!...

«Pero no, ¡es imposible! ¡No quiero detener aquí mi pensamiento!... Tú eres bueno y noble, René, ella una niña y habrás sabido hacerte amar.

«Tomada la resolución de no volver á Francia, y no necesitando para nada de la fortuna que por mi parte de herencia me corresponde, deposito mi patrimonio en tus manos, con encargo de que lo entregues intacto, sin distraer ni enajenar nada, á los hijos que Dios quiera conceder á Marta.

«Y ahora adiós, hermano mío. Dí á Marta que la quiero como á una hermana, á fin de que al menos oiga pronunciar mi nombre. Habla de mí á nuestros padres y sobre todo escríbeme pronto, porque mi único consuelo es amaros y pensar que me amáis. Tu hermano, L. de Penhoel.»

Marta, con la cabeza inclinada, lloraba. René la miró con sonrisa cruel.

—«He aquí una carta larga—dijo—y aún tenemos otra que lo es mucho más... Os la ha leído toda entera, porque cuando se juzga se procede así... pero ya sabía perfectamente que la conocíais mejor que yo.

Marta levantó la cabeza, interrogándole con la mirada.

—No os comprendo—murmuró.

René tocó con el dedo el papel, desdoblado aún.

—En esta carta hay muchas lágrimas—dijo.—Ignoro cuáles serán las vuestras y cuáles las de mi generoso hermano.

—Caballero—replicó Marta,—nunca me habéis dicho que Luis de Penhoel os hubiese escrito después de su partida.

—¿Lo habéis adivinado entonces?

—Es la primera vez que oigo hablar de esa carta.

El acento de Marta era tan sencillo y verídico que el señor de Penhoel dudó un momento, afluyéndole violentamente la sangre al rostro, á la idea de haber presentado él mismo á Marta aquel mensaje que debía despertar en ella tantos recuerdos; pero esto duró un momento.

—¡Qué loco soy!—exclamó con burlona sonrisa.—Siempre estoy dispuesto á creer. ¡Olvido que sois pura y sencilla tanto como él es generoso y que se ha sacrificado por mí!

—Os juro por mi honor...

—¡Por vuestro honor!—interrumpióle Penhoel con tono brusco é insultante.—Os digo que lo sé todo, señora; no os toméis la molestia de fingir. Esta carta esta-

ba en mi secreter; hace cerca de diez y ocho meses que desapareció de él y vos sois quien me la robó.

—¡Creedme en nombre del cielo, René!

—¿Con qué objeto mentís? El hombre que me ha entregado esta cartera la había tomado de vuestra habitación... donde sin duda tenía franca la entrada.

—¡Oh!—exclamó Marta, que no había previsto este nuevo ultraje.

Penhoel se sonrió al notar que el insulto había llegado al corazón de su víctima.

—¿Pensais que estoy ciego?—dijo.—Hace meses que observo la conducta de ese Roberto para con vos. Es un infame atrevido que ha arruinado al padre, deshonrado á la madre y seducido á la hija... ¡Pero las mujeres adoran á esa clase de hombres!

—¡Hija mía!—exclamó Marta, como si despertase de pronto.—Me habéis prometido decirme dónde está mi hija.

—Cada cosa á su tiempo, señora; os lo he prometido y os lo prometo... pero paciencia; no hemos terminado aún nuestra correspondencia.

Sacó de la cartera otra carta y añadió desdoblándola:

—No me admirará oiros negar vuestra propia letra y decir que no conocéis esto...

—¡Oh!—murmuró Marta, cubriéndose el rostro con las manos.—Lo reconozco... ese es mi único crimen... ¡Castigueme Dios si soy culpable!

LA ESPADA DE PENHOEL

Penhoel estaba celoso hacía ya mucho tiempo, atormentándole vagas sospechas en medio de su tranquila felicidad, según hemos visto ya al darlo á conocer á nuestros lectores.

Pero entonces respetaba á su esposa como á una santa y adoraba á su hija, á pesar de sus sombrías inquietudes, no del todo infundadas.

Las circunstancias que acompañaron al matrimonio de Marta con René eran por sí mismas capaces de dejar una duda en el fondo del corazón de este último.

Entre los dos hermanos había habido, por espacio de veinte años, una verdadera amistad; pero los sacrificios habían sido hechos constantemente por Luis, el más fuerte é inteligente de los dos.

Llegó un día en que se encontraron los dos hermanos delante de una mujer, joven, bella, de corazón dulce y alma elevada, capaz de realizar el ideal de los primeros amores; ambos la amaron, pero el corazón de Marta se entregó á Luis.

René, cuya pasión era viva y profunda, aparentó ignorar el amor de su hermano y le escogió por confidente, diciéndole que iba á morir. Luis, que le amaba entrañablemente, después de una noche de insomnio y llanto abandonó el castillo, sin despedirse de Marta y sin que un lazo misterioso que existía entre la joven y él fuese bastante á contener su sacrificio.

Al siguiente día de su partida estaba Luis desesperado; pero comprendía que era demasiado tarde para volver atrás.

Marta, al verse abandonada de Luis, se resistió durante muchos meses en ser la esposa de René; pero al fin cedió y, después de tres años de esterilidad, dió á luz á Blanca de Penhoel.

Algunos meses antes de este acontecimiento, una tarde, al regresar René al castillo, oyó delante de él ruido de pasos.

Apresuró su marcha pensando que era un huésped, alcanzando al viajero al pie de la antigua muralla del castillo, en donde se había detenido.

Con inmenso asombro, á la débil clari-

dad del día, reconoció á su hermano, el primogénito de Penhoel.

La conversación de los dos hermanos sólo duró media hora y, al terminar, Luis bajaba el sendero que conducía á la barca de Port-Corbeau, con la cabeza inclinada sobre el pecho, murmurando el nombre de Marta.

Sus padres habían fallecido ya y la puerta del castillo, abiertas á todo viajero, había permanecido cerrada ante él.

Luis había vuelto á cruzar el mar y nunca más había dado noticias suyas.

René se decía á veces, mirando á su hija, que tal vez su hermano había visitado antes el castillo; duda cruel que le atormentó durante muchos años, sin que su amor á Lola hiciese desaparecer los celos que tenía de su mujer, instigados por Roberto que los había adivinado.

Marta se había creído siempre abandonada de Luis y, encadenada á su desgracia, veía repentinamente abrirse é iluminarse el horizonte con la carta que acababa de leer René, fechada un año después de su abandono.

La certeza de que Luis había seguido amándola le causaba algún consuelo en medio de su desgracia.

René proseguía con placer su papel de verdugo; creía adivinar las lágrimas tras las manos con que Marta se cubría el rostro, y esto le agradaba.

—Esta vez, señora, no lo negaréis—decía mirando la carta.—Estamos tocando el término de los placeres que disfrutamos esta noche, y lo que nos queda por leer es muy interesante.

Aparentaba una tranquilidad burlona, pero de sus apagados ojos se desprendía de vez en cuando una ardiente mirada.

—Cambiamos de estilo—continuó.—Aquí no tenemos ni fecha ni firma... ha sido escrita en distintos días... Muchas lágrimas se han vertido al escribirla... Es un documento curioso... Atención; empiezo;

«Veinte veces he tomado la pluma y otras tantas he desgarrado los renglones con ella trazados. ¿Cómo explicaros las distintas sensaciones que experimenta mi corazón? ¿Cómo manifestaros lo que ha pasado? ¿Cómo deciros por qué confío todavía en vos, yo, que soy la mujer de otro?»

—Esta no es una razón—objetó René.—¿Tenéis la bondad de escucharme, señora?

Estas formas corteses empleadas por Penhoel, de cuando en cuando, como para aguzar su sarcasmo, no hacían mella en Marta, considerándolas hijas de la embriaguez.

«Porque soy casada—prosiguió René,—he resistido tanto como he podido, tanto como he conservado un resto de la esperanza que me sostenía.

«Pero estaban todos contra mí... vuestro padre, vuestra madre... Me decían á mí, pobre niña, recogida en el castillo desde mi infancia: «¡No habéis entrado en nuestra casa más que para la pérdida y la desgracia de nuestros hijos!... Luis partió por culpa vuestra... y René se muere por vos...»

«¡Era verdad, Dios mío! ¡Si hubieseis visto á René! ¿Cómo había cambiado! Permanecía semanas enteras sólo en su habitación.

«No quería sentarse con nosotros en la mesa... hablaba de matarse... Vuestro padre y la que me había servido de madre me decían con lágrimas en los ojos: «¡Oh! ¡Marta, Marta! Su vida está entre tus manos. ¡Ten piedad en nombre de Dios y conérvanos nuestro último hijo!»

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Y LECTORES

En la imposibilidad de repetir el Boletín de sorteo, pues nos ocupa mucho espacio que necesitamos para otros originales, advertimos que sólo lo publicaremos en LA AVISPA del día 30 de cada mes. Los que deseen optar al premio, deberán remitirnoslo antes del día 15; pues pasado este día no entran en sorteo.

Boletín del sorteo 31 Julio 1901

que deben de remitir antes del día 15 los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se les aplicará al sorteo del mes en que se reciba.

Sr. D.

calle , núm.

de

NÚMERO QUE INDICA

Todos los lectores de LA AVISPA que aspiren a éste regalo, deberán llenar el anterior boletín con su nombre y dirección, bien inteligible para evitar errores, é indicar un número cualquiera, desde el 1 al 31.000, que son los comprendidos en el sorteo de la Lotería nacional correspondiente al 31 de Julio próximo. Una vez lleno, cortarlo y remitirnoslo, por carta los de provincias, y los de Madrid depositándolo en nuestro buzón, Alcalá, 23, siempre antes del día 15. Los suscriptores pueden indicar el número por carta, sin cortar el boletín, pues ya lo tenemos anotados en nuestros libros, teniendo la facultad de escoger un número fijo para todos los sorteos, durante el tiempo en que estén suscritos.

Aquel de nuestros suscriptores ó lectores que haya indicado el número más aproximado al del premio mayor de dicho sorteo recibirá el regalo de MEDIO BILLETE DE LA LOTERÍA NACIONAL que se jugará el 31 de Agosto próximo, y que en el caso feliz de salir agraciado con el premio mayor le corresponderán 50.000 pesetas, un verdadero capital en estos tiempos.

Para garantía, publicaremos todos los números que se indiquen en LA AVISPA que sale el día 20; pero han de enviarse los boletines antes del día 15, pues entra en máquina el número el 16. Como se comprenderá, no hay posibilidad de engaño ya que no pueden optar al premio más que los números publicados.

Cada lector puede enviarnos los boletines que quiera, consignando en cada uno un solo número. Así puede probarse la suerte tantas veces como se desee.

Los de provincias no tienen que franquear el sobre con sello de 15 céntimos; bastará uno de 1/4 de céntimo de peseta, enviando sólo el boletín en sobre abierto, ó bien cerrado cortada una punta, para que se vea el contenido, pues se considera como impreso.



Los aficionados á la literatura folletinesca, que es un género literario como otro cualquiera, y que cuenta con gran número de adeptos entre los individuos de raza latina, han podido saborear en estos últimos días unas cuantas páginas que casi todos los diarios han reproducido y que resultan en extremo interesantes por la originalidad del asunto y los detalles de su desarrollo.

Ya comprenderán mis lectores que me refiero al matrimonio civil y canónicamente contraído ¡horror! por Marcela Gracia Ibeas y Elisa Sánchez Loriga, hace pocos días en la Coruña.

Este par de *polypes*, verdaderos engendros de la Naturaleza, que *per tropo variari est bella* y que para serlo más aún necesita, á no dudar, que existan seres de esta estofa, estaban en relaciones *inverosímiles* desde el año 1885 que se conocieron en la Escuela Normal de Maestras de la Coruña, donde las dos estudiaban, y tan *maestras* resultaron las dos próximas en algo que repudián la moral y la decencia, que juntas vivieron por espacio de algunos años, y deseando *legalizar* su extraña unión, fingióse hombre la Elisa públicamente, y digo públicamente, porque en el seno del hogar (no sagrado) supongo que se fingiría hombre antes de ahora, y con engaños, falsa documentación, etc., etc., llegó á casarse como Dios manda, y á la vez condena, con su *amada* Marcela.

La enormidad se descubrió tarde, pues el *matrimonio* tuvo tiempo, después de celebrar con fiestas su boda y de perpetuar el acontecimiento haciéndose retratar cogidos del brazo, de fugarse á Portugal, en donde á estas fechas estarán disfrutando de plácida luna de miel.

No es que yo goce con males ajenos, ni que tan malo sea que disfrute con extrañas desdichas; pero, la verdad, no me pasaría ver alquitrana á la parejita gallega y ser yo el encargado de aplicarles una tea.

No por nada, sino por aquello de que el fuego lo purifica todo y ver si, en efecto, se purificaban con él ese par de *polypes*, y lo digo en francés, parodiando al célebre Don Hermógenes, para que se entienda mejor.

Y á propósito de *entendedurías*.

Los que lo han entendido mejor, los que han comprendido lo que había que hacer en esta villa del banqueteo y el madroño para no seguir haciendo el oso como hasta aquí, ofreciendo sin ton ni son banquetes á granel, ora á Fulánez, diputado cuñero que por primera vez viene á las Cortes para decir: ¡í ó no, según convenga al jefe del partido, ora á Cóngriez por haber publicado una colección de artículos literarios que no hay cristiano que se atreva á leerlos, ora á Zutánez, ilustre pintor de portadas, por los pámpanos que ha pintado en una taberna de la calle de Ministri-les, han sido los organizadores del banquete ofrecido á *Garibaldi*, el ilustre microcéfalo de simpática fisonomía, con marcada acné rosácea y cicatriz no menos marcada en las narices.

En Madrid todos conocemos á *Garibaldi*; entre los periodistas, literatos y pintores cuenta con amigos, porque unos lo necesitaban como asunto para sus crónicas, otros como tipo perfecto de consumado al-

cohólico, y otros, en fin, como modelo caricaturesco.

Nuestro *Garibaldi* es en Madrid tan popular como su homónimo el general lo fué en Nápoles.

Uno y otro han vestido vistosos uniformes, han lucido deslumbrantes cruces, han sido aclamados en serio ó en broma por las multitudes. ¿Qué tiene de extraño que le hayan ofrecido ese testimonio de *consideración* sus contemporáneos?

Puede que entre el general cojo y el cohólico cubero haya alguna diferencia, pero es innegable que existen entre ambos muchos puntos de semejanza.

El banquete burlesco se celebró como los serios, con cartas de adhesión, poesías y otras zarzandajas, y ha servido para que fracasen otros que estaban próximos á celebrarse, acaso con menos motivo que el dado en honor de *Garibaldi*.

Menos mal que han hecho algo práctico los chicos de la prensa.

Ahora les falta concertar un duelo entre otro par de golfos ó alcoholizados como *Garibaldi* y publicar las actas y los detalles del encuentro, comenzando por las palabras de ritual: «Ha quedado honrosamente zanjada una cuestión de honor», y terminando por las no menos estereotipadas: «Examinando unos sables...»

Ánimo, compañeros; á ver si logramos dejar de ser cómplices de tantas ridiculeces como nos rodean en esta sociedad de degenerados.

Y conste que esto de degenerados no lo digo por los diputados catalanistas que se han retirado á su *región* porque la comisión de actas del Congreso les ha declarado las suyas graves.

Ese ha sido un acto de energía... tonta, como tontos resultan esos *meetings* que á diario se celebran en el Salón Variedades ó el Frontón Central, donde sólo se amenaza.

Hay que hacer algo práctico; menos hablar.

Mientras los toros se retiraban de *Don Tancredo* sin herirle, resultaba el espectáculo falso y teatral; ha habido un novillo que días pasados le corneó, y el público, aunque emocionado, salió satisfecho: había visto lo que buscaba, lo práctico, aunque fuese brutal, y yo, que soy partidario de todo lo que es práctico, voy á hacer algo útil en favor de mis lectores.

Poner fin á estas líneas y firmar.

Alejandro Pizarroso.

A LA FORTUNA

Eres mudable, Fortuna, mudable, si, cual los vientos. ¿Por qué dejaste que un día fuera tan feliz mi pecho encerrando un corazón henchido de amor inmenso, si no bien hubes probado las dulzuras de tu afecto, con hipócrita sonrisa te alejaste de mí huyendo, dejándome abandonado en este tronado imperio, do la honra anda desnuda, do se atropella el derecho, do son holladas las leyes; sacrificando al que es bueno... y, en fin, do busco la dicha y donde vivo... muriendo?

Lidio Gonzalez.

ROJIZA

Para E. Martínez de Bujanda.

Al admirar sus formas esculturales, al contemplar su cara tan hechicera y esa boca tan linda, donde pudiera hallar un pronto alivio para mis males; al mirar esos ojos color de cielo... me entra un deseo vivo y ardiente

de quererla lo mismo que el delincuente la libertad ansia con gran anhelo.

Y después, cuando pienso sus procederes y comparo su alma con su belleza, se extiende por mi pecho tanta tristeza que me hace que reniegue de las mujeres.

Alberto Gallego García.

MI CUNA

A mi amigo Pedro Acevedo.

Muy cerquita de la sierra,
sobre una extensa cañada
que el sol besa apenas nace
y en raudales de oro baña;
de un soto frondoso al lado,
donde los jilgueros cantan
y las tórtolas arrullan
y el cristalino Jarama
brillantitos de rocío
vierte al despuntar el alba,
erigense unas casitas
como palomas de blancas,
donde moran labradores
que al trabajo se consagran
sin descanso, por lo que,
al final de la jornada,
de aquel fecundo terreno
obtienen pingües ganancias,
que en contento las traduce
el eco de las guitarras
cuando en estío la luna
vierte sus luces de plata
sobre hacinadas espigas
por granos de oro cuajadas.
Esa es tu cuna y la mía,
perdona que al diseñarla
sólo un pálido reflejo
de sus mil bellezas haga,
que... la brevedad le imponen
a este tu amigo el alma,

J. Corona y Fernández.

DECORACIÓN DE VERANO

Contemplad la larga fila de aguaduchos del polvoriento Prado ó del húmedo Recoletos, servidos por camareras que «con una falda de percal planchada» se dan aires de emperatrices, luciendo flores en vez de diademas, ya sentadas como en un trono ante el familiar, en dulce coloquio con su favorito, ya yendo y viniendo del puesto a los veladores y de los veladores al puesto, repartiendo sonrisas entre los parroquianos y camelando con su *coba* de mujer (que tiene mucho de pilluelo) criada en medio del arroyo con *penillas en el corazon* y gorjeos en la garganta a los que no lo son, y decidme si no constituye la nota más pintoresca é interesante del abrasador estío (y tan tío que es...) madrileño.

Allí están los puestos como casetas de baño cerca de la playa, envueltos en refrigerante atmósfera, fresca y suave como caricia infantil, luciendo la batería de botijos panzudos y grotescos como ídolos chinos en su pagoda.

Alrededor de ellos reinan la alegría y el movimiento, y en los animados corros de los veladores se mezclan y codean el señorito y el chulo, la señora y la menestrala, en confuso pêle môle, que no parece sino que el calor evapora los ruines convencionalismos sociales...

Brilla su ojo de ciclope entre las sombras de la noche, donde aletean el amor y la voluptuosidad, y su discreta luz no interrumpe esos encantadores idilios que las Ordenanzas municipales tienen previsto, pareciéndose en cierto modo a los ojos de algunas mujeres... que no sirven para ver sino para que los vean los demás...

En aquella tertulia al aire libre compiten la gracia y el donaire, la belleza y la travesura, que están como en su propio elemento, y entre sorbo y sorbo de curacao ó de monóvar, de gaseosa ó de zarza,

se cortejan por todo lo alto y todo lo bajo y se acarician planes de fácil é inmediata realización.

Welcome, digo, me he equivocado, y perdóneme Chamberlain, bien venidos y abiertos seáis aguaduchos del Prado y Recoletos, cómplices del amor y de la galantería, hermanos de los claveles y de las rosas, hijos de la diosa Cibeles; me parece que he dicho algo ¿eh? verdaderos oasis del desierto municipal, redentores de los que no veranean ó playean y viven en este infierno madrileño, sin esperanza de Paraíso (no D. Basilio...) ¡ahl

Y no va más por hoy.

ECHIVARRÍA

AL RAYAR EL DÍA

Cuando en el crítico instante
de esparcir su luz el alba,
mostrando alegre sonrisa
tras de la verde montaña,
y el pajarillo sus cantos
entona de rama en rama,
¿qué dirás, amada mía,
que estoy haciendo en mi casa?
—Muy fácil es de acertar,
dada hora tan temprana:
roncando tranquilamente
tendido sobre la cama.

Guillermo Gómez Fernández.

CARNAVAL

Al pueblo.

¿Qué te prodiga el rapto de locura?
¿Qué te lega el instante venturoso
con que gozas, oh, pueblo! haciendo el

oso

trocándote en ridícula figura?
¿Es quizá que tu falta de cordura
te induce a imaginar que es muy hermoso
remontarse en disfraz á poderoso
desde una posición triste y obscura?
Si es que tal te forjaste, te perdono
tu loco proceder, y es más, te aliento
á proseguir tu orgía con encono.
¡Corre, pues, si es la farsa tu elemento!
¡Grita con recio y discordante tono
y aprovecha los gozos del momento,
que así, viniendo á cuento,
se verá que dió impulso á tu carrera
rutina y necesidad en gran manera!

Enrique Povedano.

LA MARTIR

I

Despediase el sol ardiente, ocultándose lentamente tras de los picachos de la sierra vecina.

—¿Ya se habrá puesto el sol, verdad, Carlos?... Levanta las persianas del balcón... ¿Qué airecillo tan dulce!... ¿Oyes á los pájaros gorjear en la enramada?... ¿Qué se dirán con su escandaloso piar?

—Dulces frases... hablan de amor... se juran fidelidad, constancia en el querer, jamás olvido...

Y en la barandilla del balcón posáronse tres pardillos á entablar coloquio, un macho y dos hembras, igual que las personas.

—¿Y verán el campo y el mar... los idilios en la floresta... las tragedias en el agua?... ¿Quién lo viera! Acércate más, Carlos, que sienta tu aliento, no te apartes... así, muy juntos... ¿Vas á salir esta noche?

—Sí, tengo que ir á la Embajada, hay recepción...

—Discúlpate y no vayas... no me abandonas. ¡Si vieras cuánto sufro cuando te separas de mí!... ¡Creo que has de estar festejando á otras más guapas que yo y me da pena!...

—No puedo prescindir de ir... ¿Pero á qué te apuras si sólo soy tuyo?...

—¿Y por qué no me llevas alguna vez á esas recepciones?

—¿Qué ibas á hacer tú allí si aquel lujo de trajes, luces, uniformes, nada de lo grandioso de esos actos podrías tú admirar?

—¡Tienes razón, vete solo!

Y Carmen lloraba su desgracia restregándose los párpados ferozmente como si ellos fueran los culpables de tanta tristeza.

II

—Toma, Carlos, esta carta que trajeron.

—¡Maldición—gritó Carlos después de haberla leído,—también esta noche tengo que salir, me espera el general para cenar con él!

—¡Qué coquetón es ese señor, perfumar las cartas!

—Una manía como otra cualquiera.

Y Carlos, sospechando en las palabras de Carmen hubiese adivinado el por qué de sus escapatorias y salidas, la increpó injustamente sin compadecerse de aquella pobre ciega que ignoraba el color de las cosas, que sentía el calor del sol, pero tenía que adivinarlo por no verlo; que estaba completamente á oscuras de los enredos de su marido, y que, por fin, ella misma le entregaba las cartas de otras mujeres que acaso en aquellos papeles y materialmente después la injuriarían á la ciegucecita... que el máximo de sus alegrías consistía en oír cantar al clero cuando pasaba por debajo de los balcones del chalet camino del cementerio.

MANUEL FEITOMAYO.

A ELLA

Bella ilusión de mi vida,
hermosa mujer que adoro
y de cuya boca imploro
una sonrisa querida:
si á mi alma dolorida
le das la tranquilidad
diciéndola que es verdad
que me amarás con pasión,
te daré mi corazón
por toda la eternidad.

Ricardo Gómez.

LA LOCURA

A mi querido amigo Mauro Gómez de Segura.

Volar sin concierto: así es mi destino;
si alegre me sigue la vida al cruzar,
ni flores ni abrojos te ofrece el camino,
sin luz y sin sombras le tienes que andar.
Si ignoras mi nombre, ¡yo soy la locura!
Jamás de los astros miré el resplandor;
yo vivo sin penas, ni afán, ni ventura,
ni siento rencores, ni envidia, ni amor.

Ramón Gaztambide.

EL RETRATO

Antonio y Carolina se amaban extraordinariamente; tanto como pudieron quererse Abelardo y Eloisa, Paolo y Francesca.

Sin embargo, por una de esas debilidades propias en la mujer, Carolina guardaba un secreto á su amante.

Antonio la creía huérfana de padre; la conoció al lado de su madre, solas las dos, y siempre que intentó investigar algo en este sentido, la hermosa Carolina esquivaba la respuesta.

Varias veces tuvo intenciones de manifestar á Antonio que no era huérfana, que su padre vivía; que por uno de esos azares de la vida estaba preso, y lo que era peor aún, que no tenía esperanzas de verse libre.

Ofuscado por infundados celos, había matado a un amigo suyo y los jueces le condenaron a reclusión perpetua.

Una mañana fué Antonio más temprano que de costumbre á casa de Carolina, y al penetrar en su habitación la encontró besando una cartulina que ocultó precipitadamente.

No pasó desapercibido el movimiento de sobresalto de Carolina y su amante, ciego de ira y sintiendo en su corazón el agudo torcedor de los celos, le exigió que le entregase aquel retrato.

De nada sirvieron súplicas ni amenazas. Cada ruego era excusado con una negativa; cada amenaza con otra mayor.

—O me das ese retrato—gritó Antonio—ó soy capaz de arrebatártelo contra tu voluntad.

—¡Antes muerta!

—¡Será de otro amante! ¡Quizás el preferido!... ¡Dame ese retrato!

—¡Jamás!—gritó Carolina con acento desesperado y resuelto.

Una oleada de sangre subió á la cabeza de Antonio; arrojóse sobre Carolina que, apretando entre sus diminutas manos el retrato, pugnaba por ocultarle contra su pecho.

Con una mano le oprimía Antonio la garganta, aquella garganta alabastrina que tantos elogios y alabanzas mereciera en otras ocasiones, y con la otra trataba de arrancarle la cartulina que con tanto denuedo defendía la joven.

La lucha fué tenaz y breve. Carolina dió un grito y cayó desplomada.

Antonio, libre de la resistencia que oponía su amada, arrancó entonces de entre sus manos el retrato que anhelaba poseer, y en el dorso, allí donde esperaba encontrar una amante dedicatoria que le probase la infamia y la traición de aquella en quien depositó su amor, pudo leer las siguientes líneas:

Hija mía; perdona á este desgraciado que, aunque asesino, es tu padre.

A. P. BONO



Jardín del Buen Retiro.—Se verificó, como es costumbre en esta época, la inauguración del teatro, y hasta el día que escribimos estas líneas se han puesto en escena las óperas «Aida», «Traviata», «El Trovador» y «La Bohemia», todas ellas repetidas con gran complacencia del público, que todas las noches acude á respirar aire puro y fresco y deleitar el espíritu.

Figuran en la compañía muy apreciables cantantes, y todos ellos merecen las simpatías de la concurrencia, que les aplaude sinceramente por su inteligente y meritoria labor.

Moderno.—Un éxito completamente satisfactorio han obtenido los Sres. López Silva y Jackson Veyán, como igualmente los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

«La tremenda», que es la obra últimamente estrenada por estos señores en el teatro de que nos ocupamos, si bien resulta algo enojosa por pesadez en la exposición, llega después á cobrar animación y gracia, abundando los chistes de todas

clases, que hicieron reír al público, las escenas se suceden con pasmosa facilidad y el desenlace resulta á gusto de todos.

La partitura, que tiene números muy inspirados y originales, también gustó y se hicieron repetir.

Loreto Prado—cursi resulta decirlo—inimitable, como de costumbre, y haciendo gala del talento y excepcionales facultades artísticas que posee.

Los autores, en unión de los intérpretes del juguete, fueron llamados al proscenio varias veces y muy aplaudidos.

También este teatro ha cerrado ya sus puertas, por haber terminado sus compromisos la compañía Prado-Chicote.

Eldorado.—Con buenos auspicios y lleno el teatro totalmente, empezó sus tareas la compañía que en él actúa.

Para la primera noche se eligieron tres obras de repertorio y el estreno á primera hora de «Correo interior», propósito escrito por Perrin y Palacios, música de Cereceda y Jiménez.

No queremos analizar la obra, pues ya se sabe lo que son los apropósitos, y como llenó cumplidamente su fin, nos limitaremos á decir que gustó y fué muy aplaudida, como *ocasionados* fueron los autores, el pintor escenógrafo Sr. Muriel y los artistas, desfilando ante el público, que no salió descontento del rato que había pasado, y eso que el calor era exorbitante.

Diego Garvía.

¡GLORIA A MI AMOR!

A la Srta. Rafaela Armayor.

¡Gloria á ti, mujer hermosa,
más hermosa que el sol bello!
¡Gloria á tu rubio cabello!
¡Gloria á tu cara de rosa!
Por tus ojos seductores,
por tus labios de corales
y formas esculturales
siento, niña hermosa, amores.
Y si al amoroso ardor
que en mí siento, vida mía,
correspondes, diré un día:
¡Gloria á ti, primer amor!

Juan Manuel Palacios.

CONSEJO

Dedicado al joven redactor de «El Mundo Latino», de Madrid, D. Teófilo Marco.

No seas en el mundo
cual mariposa,
para quien son las flores
todas hermosas;
copia á la abeja,
que de flor sin perfume
pronto se aleja.

Manuel García y Rancés.

LA GOLETERA

Arturo Reyes, el brillante narrador andaluz que dió muestras de gran observador y de escritor inspirado en el *Lagar de la Viñuela* y en *Cartucherita*, acaba de dar á la estampa una nueva novela con el título que encabeza estas líneas, que es una prueba más de lo mucho que Arturo Reyes vale como escritor narrativo.

Las pasiones del pueblo malagueño, sus donaires y sus pesares resaltan en *La Goletera* con la brillantez de lenguaje de Andaluza.

Todos los capítulos de la novela respiran el ambiente meridional de aquella tierra privilegiada, los tipos en ella descritos resaltan á la clara luz de aquel límpido cielo, y para que nuestros lectores puedan apreciar parte de las bellezas que la obra encierra, copiamos á continuación el ca-

pítulo en que el autor hace la semblanza de la protagonista de su novela:

«Con razón pasaba Trini la *Goletera* por ser la hembra más bonita y de mejor empaque del barrio de la *Goleta*, y es fama que no había hombre que no se mordiera los labios y no tornara los ojos al cielo con la más pecaminosa de las expresiones, al ver su rostro oval, su cabello rizo, rubio, con reflejos de llamas, peinado siempre con graciosa coquetería, disimulando con sus rizos la algo grande curvatura de la espaciosa frente; sus ojos melados, dulces y luminosos; su boca, algo rasgada, pero fresca, fragante y purpurina que dejaba ver, al sonreír, sus dientes iguales, nítidos y pequeños; su tez, blanca, mate y sin transparencias; sus orejas casi invisibles; sus mejillas algo descarnadas; su garganta mórbida y tornátil; su seno de suave ondulación; su cuerpo, si bien algo reducido, como cincelado; sus microscópicos pies, primorosamente calzados siempre, y toda ella, en fin, llena de gallardías y gentilezas y de ese algo divino que los de acá sintetizamos con las palabras de ángel y *aquel* y graciosísimo garabato.

Trini, en el momento histórico en que la sacamos á relucir, había salido de la segunda década de su vida, y cinco ó seis años hacía que traía á mal traer á los mozos de más *tronío* del barrio, sin que ninguno pudiera jactarse de haber pasado en su corazón de los mismísimos umbrales.

Seis meses antes del día en que hemos dado comienzo á esta verídica narración, engrosó Paco el de las *Campanillas* el pelotón de los torpes, que así designaban los chuscos el grupo de los enamorados de Trini; pero debemos advertir que la diosa *Chiripa* hubo de tomar cartas en aquella ocasión en beneficio del guitarrista, haciendo que Trini y su madre se mudaran, en las habitaciones colindantes en el corralón de *Santa Isabel*, á las habitadas por Paco.

Este, al asomarse una tarde al balcón, en mangas de camisa, el cigarro en la boca y canturreando uno de los cantos populares que tan á maravilla sabía acompañar, topóse con que en el balcón de al lado Trini lucía su gallardísimo busto; sobre los curvos hombros un pañuelo de crepón azul; tocado de flores el rizado pelo airosamente peinado; fresca, juvenil, sonriente, mirando á hurtadillas á Pepe el de *Carmona*, un chaval de graciosa apostura, que desde un portal inmediato la miraba como si quisiera comérsela toda entera y de una vez, con la adormecida pupila.

—Buenas tardes—dijo Paco sorprendido.

—Y buenas tardes—le repuso aquella con tal timbre de voz, que á Paco no le dió un síncope por misericordia divina.

—¡Josús, madre, Josús, qué mujer!—exclamó éste penetrando en su sala y dirigiéndose á la señá Rosario, que mirándolo por encima de las gafas, á que tenía que recurrir para la costura, le preguntó:

—¿Qué mujer?

—¡La Madre de los Pastores, *chavó*, qué mujer más bonita!

—Pero ¿quién es? arrastrao, ¿qué Madre de los Pastores es ésa?

—Yo qué sé quién es; en el balcón de la vera está; asómese usté, madre, asómese usté y verá usté cosa rica.

—Ya supongo quién es; será la que se ha mudao ayer, Trini la *Goletera*. ¿No la conocías tú?

—Ahora recuerdo que algunas veces me la he trompezado por ahí; pero yo no creía que fuese tan regraciosa; pero si es más bonita que el sol, madre, si es más bonita que el sol.

—Pos échate la galga, hijo mío, que esa mujer está esperando que el Rey sea mayor de edad pa casarse con él, y no estaría bien que tú le quisieras llevar el pulso al Rey chiquito de España.

Paco, desde aquel día, empezó a parar en la casa más de lo acostumbrado por él hasta entonces; á pasarse las horas retrepado en una silla en el balcón, con la cabeza torcida siempre hacia Poniente; á rabiar por echar un palique con la vecina; á toparse con ésta y siempre por casualidad, según él decía, en todos los sitios que aquella frecuentaba; á tocar la guitarra en su habitación, como si fuese á ganar una apuesta, cuando ella podía oírlo; á dar vuelcos y más vuelcos en la cama antes de dormirse y suspiros al aire como un medio asfixiado al recobrar los sentidos; á encontrar todas sus prendas de vestir fuera de uso y á pensar que el paraiso que perdieron nuestros primeros padres por causa de la pícaro serpiente podría él encontrarlo en cualquier piso que no rentara mucho y en compañía, no sólo ya de su madre, sino de Trini la Goletera.

Esta, no obstante sus miras cerca del representante de nuestra gloriosísima monarquía—según la señá Rosario,—sintióse halagada como siempre y, como con todos le ocurría, por aquella muda adoración, y recurriendo al poderosísimo arsenal de sus habilidades, pronto dijo mentalmente una noche, al oír á Paco pedirle una flor, como pide la vida un dichoso moribundo:

—Vaya, ¡otro palomo á la bandola!—y después añadió en alta voz dirigiéndose al de las Campanillas:

—Yo á mis amigos no me gusta darles flores de olor, porque producen dolor de cabeza; ¡si fueran flores cordiales!...

Pocos días después, cuando la actitud de Trini empezaba á sacar de quicio al guitarrista, cayó en cama la madre de aquella; el médico, al reconocerla, frunció la frente, aquello era una pulmonía con todas las de la ley; la pobre mujer se ahogaba, parecía un fuelle, metía miedo. Trini quiso saber la verdad del estado de la señá Dolores, y llamó aparte al médico; pero Paco, que estaba presente, impidió con un guiño el trabuazo del doctor, el cual, guiñándole a su vez al guitarrista, díjole á la muchacha:

—No es caso desesperado, ni mucho menos; pero se necesita tener muchísimo cuidado con la enferma.

Desde aquel día, Paco y su madre, juntos con Trini y Lola la de los Claveles, una prima de ésta, se dividieron el cuidado de la paciente. Paco fué el héroe de la jornada: Paco por aquí, Paco por allí; Paco á la botica; Paco á casa del médico; Paco en busca de las hojas de plátano para los cáusticos, y Paco hacíalo todo, como si la enferma fuese un ala de su corazón, y Paco no salía ni de día ni de noche de las habitaciones de Trini, si no era necesario para el mejor servicio de la enferma, más que para fumar algún que otro cigarro, paseándose por los corredores.

Durante los seis ó siete días que duró la gravedad de la anciana, mientras ésta seguía en la alcoba dando resoplidos de cetáceo, y Trini á su cabecera velándola con el alma en un hilo, y Lola y la señá Rosario, rendidas de la brega, dormitaban en un rincón, Paco, con los ojos como tazas, á la melancólica luz de una mariposa que ardía delante de la Virgen, contemplaba venciendo las penumbras de la alcoba, como si su naciente pasión diérale facultades de albino, la entonces pálida hermosa de Trini, despeinada y triste y llena de hondísimas preocupaciones.

Paco, durante aquellos seis ó siete días

de sustos, de inquietudes y de carreras en pelo á la botica, había ido nutriendo de modo inconsciente, empujado por las circunstancias, aquel ardoroso ímpetu, aquel rápido florecer de una pasión, y cada vez que Trini correspondía á su solicitud y á su desvelo con una mirada amante ó con una frase cariñosa, hubiera querido que todos los seres amados por aquella mujer hubieran caído, uno por uno, todos con pulmonía fulminante, al objeto de poder él asistirlos y poder ganarse de aquel modo más frases cariñosas y más amantes miradas.

Una de aquellas noches, el estado de la señá Dolores tenía sobresaltada á Trini; la enferma era víctima de un gran decaimiento; sus ojos parecían brillar sin expresión en el fondo de dos cavernas; su lívida tez abrasaba; los accesos de tos se sucedían con amenazadora rapidez; á Trini se le paró en el pensamiento un pajaraco de negras alas; le pareció sentir una catástrofe; creyóse que se le iba su madre, que se le moría sin que nadie pudiera evitarlo, que se iba á quedar sola en el mundo, más sola que un hongo, sin nadie que la consolara, sin nadie que compartiese sus penas, y pensando en cosas tan tristes, divisó allá en el fondo de la sala, iluminados por la luz de la mariposa, los ojos del guitarrista clavados en ella como dos intensísimas caricias de luz.

Aquel hombre empezaba á quererla con desesperado ahínco, ella lo estaba viendo, pero ella no podía amar á ningún hombre; mejor dicho, no debía amarlo, y como no podía ni debía amarlo, el de su madre era el único pecho donde le era dado llorar ó reír, y aquel único pecho íbasele á helar para siempre; sí, para siempre; porque su madre se le moría, ¡vaya si se le moría!

Y sintiendo Trini que el sollozo le subía irresistible á la garganta, se incorporó, y atravesando rápidamente la sala, salió á los corredores, y ya allí, en el sitio más distante de su habitación, á la luz de la luna, dejó correr sus lágrimas y brotar su queja, murmurando con voz entrecortada y llena de intensa ternura y de inmensísima pena:

—¡Ay, madre; ay, madre de mi alma, y qué solita que me vas á dejar en el mundo!

Paco, al verla salir, había adivinado lo que le ocurría, y al sentir llegar hasta él, aunque desvanecido por la distancia, el ahogado sollozo, lanzóse también rápido á los corredores, llegó frente á Trini, quedándose mirando de hito en hito, con delirante ternura, subyugado por su dolor y por su belleza, y tembló, tembló sin osar ni poder proferir una sola frase; pero con tan dulcisima elocuencia hablaron sus ojos, tantas cosas nobles y ardientes y consoladoras dijeron sin duda á la mujer amada, que ésta, conmovida, exclamó con voz de, para Paco, desconocidas cadencias:

—Gracias, muchas gracias; muchísimas gracias por la voluntad que me tiene.

CANTARES

Te quiero, luz de mis ojos,
como jamás he querido,
y tan sólo pido á Dios
que no me des al olvido.

Concepción González Méndez.

¡Cómo quieres que te olvide
si has sido mi amor primero,
y ese amor echa raíces
como la planta en el suelo!

Juan Emilio Franco Tello.

Para mí son un enigma
los ojos de tu cara;
aún no he logrado saber
si me dan vida ó me matan.

Esteban Caballero.

Cuando te veo llorar
no sé qué es lo que me pasa;
sólo siento que mis ojos
empiezan á brotar lágrimas.

Santiago y Ramón Paz.

El otro día en la calle
me encontré con un entierro,
y era mi prenda adorada
que murió de sufrimiento.

Andrés Gallego García.

El amor de las mujeres
es casi igual que las modas,
pues siempre cambian de novio
como las modas de forma.

Teófilo Marco.

En los cielos está el sol,
en el mar están las naves,
y tú estás en esta tierra
para darme á mi pesares.

No te fíes del llanto
de las mujeres,
que se rien y lloran,
pero no sienten.

Luis Pablos Crespo.

Mira si querré á tu madre
que con fe le pido á Dios
verla diez veces al día...
en la boca de un cañón.

Francisco Vera Morales.

Al mirar, niña, tu cara
siento placer y alegría,
pero mucha más sintiera
si pudiera hacerte mía.

Manuel Bernabé Morales.

Cuando estés en la presencia
de Dios lograrás el pago
de todos los sufrimientos
que en este mundo me has dado.

Olegario Gómez.

A la Srta. Luisa de la S.

Son sus ojos dos luceros
tan grandes y rebonitos,
y además tan retrecheros,
que parecen juguetitos
de los ángeles del cielo.

Julian Martínez.

Dedicado á D.^a Patrocinio Cediell y Amarés.

Cuatro cuerdas tíe el guitarra,
la guitarra tiene seis,
y en mi casa tengo otra
para ahuyentar á mi mujer.

Alfredo de Santiago Martín.

CORRESPONDENCIA LITERARIA

Nailuj Nitram.—Usted es muy dueño de no desechar esa costumbre, como nosotros lo somos de no publicar nada con seudónimo.

A. R. M.—Valencia.—Aprovecharemos una acortándola un poco. No podemos publicar poesías largas.

F. P.—Su primita será todo lo bonita que usted dice, pero la poesía que usted le dedica es mucho más fea de lo que aquí le podemos decir.

Papus.—Las que hoy remite van á la urna (léase cesto), ilustre ayunador.

Un poeta.—Si nos asegura usted que es original é inédito lo que nos envía, remitamos su firma.

A. S. C.—Aprovecharemos el retazo. Procure enviar siempre poesías cortas y cuidar más los asuntos.

R. A. O.—*Barcelona*.—Mánden otro trabajito y le complaceremos. El que hoy remite vale poco.

A. G. G.—Para evitar lo que usted siente y nosotros lamentamos, debe usted procurar enviar siempre composiciones cortas.

J. C. F.—Por una sola vez y en gracia á su bondad se publicará. La suscripción por un año cuesta cinco pesetas, que puede remitir á esta Administración. Nada tiene usted que agradecernos.

G. G. F.—Publicaremos uno; el otro es algo defectuoso.

Caracoles.—Se publicará.

E. P.—También se publicará.

L. M. M.—Dos de las cuatro redondillas asonantan entre sí; hay algún descuido en la metrificación, de manera que es preferible que nos envíe otro trabajito.

R. G.—Entra en turno.

El rey Cabañas.—Se publicarán todas menos los *recuerdos* por largos.

L. V. P.—No podemos publicarla por sus muchos defectos. Procure usted cuidar más sus trabajitos.

Meñolofeles.—Lo mismo decimos á usted.

J. G. P.—Muy bonita letra, pero nada más. Los cuatro trabajos que nos envía son defectuosos.

C. G. M.—Sólo podremos aprovechar un cantar, señorita.

J. M. B.—*Bejar*.—La *saetilla* es demasiado fuerte. El romance es bonito, pero resulta un poco largo. ¿Quiere usted reformarlo acortándolo para que lo podamos publicar?

E. H.—Para que *España* aconsonantase con *hazañas* era preciso que no hubiéramos perdido las colonias; pero no teniendo éstas y faltándole la *ese* á nuestra patria, no pueden considerarse como tales. En cuanto á la *ripida* es tan... rápida! Cuide usted más los asuntos.

El Trovador.—Crea usted que suena mal eso de cambiar de asonantes y mucho más dejando alguno libre, como el sexto de la composición que nos remite. Envíenos otro trabajito más cuidado y se publicará, porque en éste se nota cierta soltura muy recomendable.

J. M.—Hay cosas que no tienen arreglo posible y ésta es una de ellas. El ripo de los *santitos* es grande y trayendo no aconsonanta con eterno. Hay que fijarse, joven, hay que fijarse.

J. M.—Hace usted bien en no desanimarse, pero tampoco estos epigramas sirven, y conste que lo sentimos.

A. A. M.—Está bien hecho, pero es demasiado naturalista. Mande otra cosa.

J. M. B.—*Barcelona*.—Lamentamos que ocurra así, pero no podemos publicar sus trabajos por largos y defectuosos. Envíenos otros más cuidados y cortos y le complaceremos.

E. L. S.—El final es malo. Fíjese en el último verso y se convencerá.

P. N.—En una misma composición no deben mezclarse asonantes y consonantes. Procure usted enviar otra más cuidada y más corta y le complaceremos.

F. S. A.—Se publicarán todos sus trabajos.

B. T. T.—Trate usted de cantar su seguidilla y verá cómo resulta ese *¡oh!* del tercer verso. ¡Imposible!

L. P. C.—Aprovecharemos uno de sus cantares.

J. M. D.—Sólo podemos publicar las seguidillas. El artículo está algo descuidado.

P. R.—Ya *yeguamos* á entenderlo y sentimos decirle que no podemos publicar su epigrama.

R. V. M.—*Cádiz*.—Se publicarán al gunos.

M. H. G.—El soneto está muy mal medido.

J. R.—Su epigrama no resulta.

E. V. P.—*Valencia*.—Se publicarán.

E. P.—Se publicarán.

P. C. V.—Algo aprovecharemos.

A. D. C.—Entran en turno.

J. G. E.—Lo mismo decimos á usted.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

M. M. M.—*La Zarza* (Valladolid).—Quedan entregadas á los interesados las 25 pesetas que nos remitió. Los recibos correspondientes obran en nuestro poder y á su disposición.

R. S. N.—*Valencia*.—No extrañe que no figure el número que ha remitido en la lista publicada para el sorteo del 28 del actual, pues el cajetín llegó á nuestro poder el día 18, y como puede usted observar en la indicación que hacíamos, sólo podían figurar en lista los recibidos hasta el día 14 inclusive, en razón de entrar en prensa *LA AVISPA* el día 15.

Puede manifestarnos si el número remitido desea que figure en el sorteo del mes de Julio.

S. B.—*Valdepeñas*.—Cumplimentando el encargo que nos ha hecho, en un paquetito recibirá usted las muestras que nos pedía, figurando en etiqueta adherida á cada una de ellas los precios correspondientes.

M. G. F.—*Plasencia*.—No podemos dar cumplimiento al encargo que nos hace, porque á estos beneficios sólo tienen derecho los suscriptores á *LA AVISPA*.

Si usted hace la suscripción á su nombre, lo que veríamos con gusto, nos tendrá á su disposición para cuanto se le ocurra en Madrid y demás puntos de España donde tenemos representantes.

R. Y. Z.—*Ferrol*.—Hemos recibido la caja que nos anunciaba en su última. Haremos todas las gestiones necesarias para realizar su contenido en las condiciones que usted nos tiene expresadas, de lo que le iremos dando cuenta.

M. M. S.—*Málaga*.—No hemos tenido contestación á la nuestra del 3 del corriente.

¿Hay alguna novedad?

C. C.—*Castropol*.—El importe de la suscripción puede remitirlo en sellos de correos, libranza del Giro mutuo ó valerse de los sobres monejeros.

A. M.—*Madrid*.—Los insectos pueden mandarlos en una cajita á la calle de Alcalá, núm. 23, primero.

R. Muñoz.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las fórmulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Vinos repuntados.—Sabemos que estos vinos sólo difieren de los vinos naturales por la adición de cierta cantidad de subcarbonato de potasa que se forma á expensas del cremor de tártaro y de la materia colorante.

Basta, para mejorarlos, añadir, aproximadamente, 10 gramos de ácido tártrico por hectolitro de vino; el ácido carbónico desaparece, el vino recobra su color y sabor natural, precipitándose el tartrato ácido.

Conservación de la casa.—Hay un procedimiento para conseguir la conservación de la casa, y consiste en hacer una inyec-

ción por la carótida con una solución de bórax en agua: 0,50 gramos de bórax por kilogramo de carne.

SECCION RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—ESPERANZA
- 2.º—ENRIQUETA
- 3.º—GRANADA
- 4.º—MATILLAS
- 5.º—PARACUELLOS
- 6.º—GASPAR

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Antonio Torres, D. Alberto Gallego, D. Auspicio Relea, D. Manuel Martínez León, D. José Esteban, don Jaime Brotons, D. F. Martín Díaz, D. Bernardo Ruiz del Olmo, D. Eduardo de Haro, D. Emiliano Guillén, D. Antonio Manso, D. C. Arias, D. Santos Rodríguez Centeno, Pepito y los oficiales de la peluquería de la Corredera, D. E. Escalante, Basilisa, el Cochero y titiritero, Lorenzo y Miguel el sordo y Un entusiasta de la Cohen, de Madrid; D. Mariano Torres, de Zaragoza; D. César Hispan, de Sacedón; D. Julio Cola, de Valencia; D. Eduardo de Cáceres, de Almería, y D. Luis Robles, de Andujar.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Mi primera repetida es dios de la antigüedad, prima dos lo que hace el agua y terciá una cantidad. Mi todo, lector querido, es una aldea sencilla que se encuentra situada en el centro de Castilla.

César Hispan, de Sacedón.

2.º

Prima dos es una carta, para sentarse tres cuatro, segunda y cuarta en el juego de billar es necesario, y en el todo como, bebo, juego, fumo, corro y salto.

Luis Mant Molero.

3.º

Es mi prima una vocal, la tres tres lo dice el niño, una dos una lo hace el traspuente que es de oficio, también tres dos las paveras cuando van con sus pavitos, y el todo de la charada si lo aciertas te lo digo.

Alberto Gallego García, de Madrid.

4.º

Prima y segunda apellido, nombre propio es terciá y cuarta, cuarta y segunda un idioma, el todo es una jugada.

Eduardo de Cáceres y Robles, de Almería.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

5.º

Monja B T

Auspicio Relea y Fernández, de Madrid.

6.º

Daga Po

Julio Cola Belver, de Valencia.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 9 del próximo mes de Julio tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole especial no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

